

INVESTIGACIONES
de HISTORIA ECONÓMICA

2007, invierno, número 7. Pp. 9 a 36

La fortuna del *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII

The fortune of Richard Cantillon's *Essai sur la nature du commerce en général* (1755) in Spain during the 18th century

JESÚS ASTIGARRAGA GOENAGA
Universidad de Zaragoza

JUAN ZABALZA ARBIZU
Universidad de Alicante

RESUMEN

El *Essai sur la nature du commerce en général* (1755) de Richard Cantillon fue uno de los tratados más relevantes de la Economía Política de la Ilustración europea. Aunque notablemente estudiado en cuanto a su contenido analítico y normativo, existe, en cambio, un cierto desconocimiento sobre cuál fue su circulación internacional más allá de Francia y Gran Bretaña. Este trabajo trata de abordar, a partir de las informaciones ya conocidas y centrándose principalmente en tres casos, la recepción que tuvo en la Ilustración española.

PALABRAS CLAVE: *Richard Cantillon, Circulación internacional de las ideas económicas, Ilustración económica española, Republicanismo, Aritmética política*

Códigos JEL: *B11, B31*

ABSTRACT

The R. Cantillon's *Essai sur la nature du commerce en général* (1755) is considered a major work in the context of the economic literature of the European Enlightenment, and, therefore, its analytical and normative aspects have been widely studied. However, the characteristics of its international circulation, with some exceptions, like its diffusion in France and Great Britain, are less known. Taking as a starting point the available research, the article mainly focuses on three case studies to asses the reception of the *Essai* among the Spanish economists.

KEY WORDS: *Richard Cantillon, International circulation of economic ideas, Spanish economic Enlightenment, Republicanism, Political arithmetic*

JEL Codes: *B11, B31*

1. Introducción¹

Hace ahora 125 años Jevons, en un conocido artículo en el que explotaba sus acreditadas aptitudes para la historia del pensamiento económico, reconoció que el perfil biográfico de Cantillon y el contenido de su *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), aunque envueltos todavía en grandes “errores, misterios y enigmas”, poseían, en lo que era conocido, elementos suficientemente significativos para interrogarse acerca de la auténtica nacionalidad de la Economía Política: ese eminente libro había sido “escrito probablemente por un banquero de apellido español, nacido en una familia irlandesa..., educado quién sabe dónde, que tenía su negocio en París” (Jevons, 1964 [1881], p. 230). La intención de su agudo comentario no era poner en discusión el liderazgo científico británico en esa ciencia a la que en esos mismos años él estaba haciendo contribuciones decisivas, pero es indudable que con él venía a resaltar que la Economía Política de la Ilustración europea había sido más cosmopolita y plural, en cuanto a su ascendencia geográfica, de lo que sus predecesores clásicos habían llegado a admitir. El trabajo investigador acumulado durante las últimas décadas ha venido a justificar que las dudas de Jevons eran más que razonables². El proceso de emergencia de la Economía Política previo a la publicación de la *Wealth of Nations* de Smith, en el que se inscribió la elaboración y la publicación del *Essai*, tuvo una dimensión claramente europea, juicio cuya toma en consideración resulta insoslayable si la historia de nuestra ciencia atiende al proceso internacional de circulación de las ideas económicas como un elemento no sólo complementario a la historia del análisis económico —cuanto explicativo, con criterios originales, de la valía de éste—, sino imprescindible si se aspira a una reconstrucción adecuada de la formación de las culturas económicas nacionales.

Precisamente, el arraigo gradual del denominado “enfoque nacional” entre los historiadores del pensamiento económico para enjuiciar las causas del éxito temporal y espacial de las teorías económicas ha propiciado la incorporación de realidades periféricas al estudio de los flujos internacionales de las ideas económicas, como es indudablemente la española (Lluch, 1980); incluso con el fin de advertir cuál fue la recepción en ellas de obras modélicas desde un plano analítico, como es el caso del *Essai* de Cantillon. Sobre su presencia en España, ya en el mismo siglo XVIII, no existe hoy ningún género de duda. Todo lo contrario, desde hace décadas sabemos que

[Fecha de recepción del original, marzo de 2006. Versión definitiva, septiembre de 2006]

¹ Queremos agradecer a los evaluadores anónimos de *Investigaciones de Historia Económica* las sugerencias realizadas.

² Véanse, por ejemplo, Hutchison (1988) y Groenewegen (2002), pp. 80-87.

el *Essai* fue un texto no sólo conocido y utilizado por los ilustrados españoles desde, al menos, 1779, sino también traducido por sus sucesores inmediatos, en concreto, en 1833 (Estapé, 1951; Smith, 1967). Aunque a estas primeras evidencias se hayan añadido después algunas más, seguimos careciendo de un estudio más amplio sobre la fortuna del *Essai* en la Ilustración española. Este vacío resulta especialmente significativo si tenemos presente el conocimiento que venimos acumulando acerca del impacto en nuestro país de otros autores económicos del XVIII europeo, más aún en el marco de la reciente celebración del doscientos cincuenta aniversario de la publicación del *Essai* en 1755. Este trabajo pretende contribuir a solventar ese vacío, principalmente, a través del estudio de tres casos —el primero, ya descubierto por Estapé, centrado en la obra de Danvila, y los otros dos, hasta la fecha desconocidos, referidos a un conjunto de Discursos aparecidos en *El Censor* y al libro principal del Abad de Matanegui— en que se ha detectado un uso intensivo de las ideas de Cantillon, si bien, como tendremos oportunidad de mostrar, sin que éste llegara a ser un autor central en la Ilustración española.

2. El *Essai* de Cantillon, doscientos cincuenta años después

El tratamiento que los historiadores del pensamiento económico han dado al *Essai* constituye un buen ejemplo de la influencia positiva que puede ejercer una historia de la Economía Política respetuosa con los diferentes marcos nacionales de cara a una reconstrucción más completa de esta ciencia. Publicado en París, de forma anónima, en francés, pero como si se tratara de una traducción del inglés, el *Essai* fue uno de los numerosos tratados de economía que vieron la luz al albur de la *heureuse révolution* que la publicación de libros económicos conoció en Francia durante la prolífica década de los años cincuenta (Théré, 1998, pp. 18-23). Sin embargo, su valor quedó oscurecido relativamente pronto debido a la publicación inmediata de los primeros escritos de Quesnay y los fisiócratas y, dos décadas después, de la obra de Smith. Y aunque algunos contemporáneos, entre ellos los propios Quesnay y Smith, apreciaran el valor teórico singular que encerraba este sintético tratado de apenas 480 páginas de pequeño formato, la auténtica rehabilitación de su autor como un autor de primera fila —en general, a excepción de Marx, muy poco apreciado entre los economistas clásicos— fue mucho más tardía. Una vez que en los últimos veinte años del siglo XIX, Jevons (1964 [1881]) y Higgs (1891, 1892 y 2001 [1931]) lo rescataron del olvido al que lo habían relegado los principales economistas clásicos, y después de pasar, en décadas sucesivas, por el tamiz analítico, siempre exigente, de Hayek (1985 [1936]), Schumpeter (1954), Spengler (1954 [1942]), Blaug (1985 [1962]) o Letwin (1963), el *Essai* quedó canonizado no sólo como una pieza maestra de la

economía de la Ilustración europea, que poco o nada tenía que envidiar al *Tableau Economique* o a la *Wealth of Nations*, sino también, en las conocidas palabras de Jevons, como el “primer tratado sistemático sobre economía”³.

Argumentos para éste y otros juicios laudatorios similares no faltaban. El objetivo del *Essai* era, como su propio título indica, ofrecer un estudio sistemático sobre el “commerce en général”, siendo esta expresión de “commerce”—o “trade”—la habitual en la época para calificar lo que hoy denominamos “economía”. El tratado, realizado siguiendo un método abstracto de impronta cartesiana muy refinado (Murphy, 1986a, pp. 250-251), poseía, como muy pocos de su tiempo, un medido equilibrio interno en las tres partes que lo componían, referidas al análisis de: a) una economía real, cerrada y descentralizada; b) los precios, la economía monetaria, el tipo de interés y la naturaleza autoequilibrada de este sistema real/monetario; y c) una economía abierta y, por tanto, dependiente del comercio internacional y las operaciones de cambio, así como del sistema bancario y el crédito⁴. En cualquier caso, a medida que su estudio fue implicando a un mayor número de especialistas, fue creciendo la percepción de que Cantillon había realizado aportaciones originales y decisivas, en una dirección que apuntaba más allá de la literatura mercantilista⁵, en el campo del análisis económico y, asimismo, que había contribuido al descubrimiento de conceptos tan relevantes como el flujo circular, la velocidad de circulación del dinero, el enfoque monetario de la balanza de pagos, el mecanismo de ajuste automático de los metales preciosos y, por supuesto, el *entrepreneur*.

Aunque Cantillon no haya dejado de estar presente, de una u otra manera, en la agenda investigadora de la historia del pensamiento económico, durante las tres últimas décadas ha vuelto a reverdecer el interés hacia su figura y su obra. La principal

³ Además, durante el período 1930-1955 fueron publicadas numerosas traducciones del *Essai*, que ya había sido reeditado en Harvard en 1892. Una vez que, en 1931, Higgs realizara la primera edición inglesa y Hayek hiciera lo propio, ese mismo año, en el ámbito germánico, aparecieron: la edición francesa (1952), por Sauvy y Salleron; la italiana (1955), por Cotta y Giolitti e introducida por Einaudi; una nueva inglesa (1959); y también la española (1950), formando parte de la impagable colección de traducciones que el aragonés Sánchez Sarto realizó para el Fondo de Cultural Económica desde su exilio mejicano (Cantillon, 1755a). Esta traducción, prologada por el propio traductor, realizada siguiendo la edición bilingüe de Higgs del *Essai*, de gran calidad y, por tanto, todavía muy útil al día de hoy, incorporaba el conocido artículo de Jevons sobre Cantillon.

⁴ De ahora en adelante, las citas referidas al *Essai* recogerán, por este orden, los números correspondientes a la parte y el capítulo, siguiendo la edición de Cantillon (1755b).

⁵ Mientras es indudable la impronta mercantilista de sus recomendaciones políticas —fue favorable a la exportación de manufacturas, la balanza de pagos positiva y la acumulación de metales preciosos—, Cantillon es considerado el primer autor consciente del carácter autoajustado y autónomo del sistema económico —y, por tanto, de la inconveniencia, si no imposibilidad, de intentar modificar su comportamiento por medio de la acción legislativa—. Un último y oportuno balance se halla en Brewer (1988). Véanse asimismo Hayek (1985 [1936]), Spengler (1954 [1942]) y (1954), y Bordo (1983).

novedad de esta nueva oleada de trabajos y de reediciones del *Essai* —dos nuevas, en 1979 y 2001— radica en que se han insertado en el enfoque más cosmopolita de la Economía Política de la Ilustración al que nos referímos. Desde el prisma español, posee especial relieve el estudio de los cambios que conoció el pensamiento francés en materia económica durante la denominada *mid-century efflorescence* de 1746-1756, cuando el *Essai* vio la luz, al igual que la rehabilitación de quien fuera responsable último de su publicación, V. de Gournay, *intendant de commerce*, economista y animador de un influyente núcleo de autores —aunque carente del sentido sectario de los fisiócratas— al que se atribuye el intento de fundar la moderna ciencia económica de acuerdo con unos criterios analíticos y normativos diferenciados de los de la fisiocracia (Tsuda, 1979 y 1983; Murphy, 1986b). De esta manera, la nueva reconsideración de los aspectos más estrictamente analíticos del *Essai*, de la mano de autores como Tarascio (1981), Hutchison (1988), Aspromourgos (1996) o Brewer (1992 y 2001), se ha visto acompañada de notables avances en la reconstrucción del contexto histórico y el clima intelectual en el que fue elaborado. La extensa biografía de Murphy (1986a), además de aclarar numerosos detalles oscuros o sencillamente desconocidos de la trayectoria humana y profesional del, cada vez menos, enigmático *entrepreneur* irlandés, ha permitido reinterpretar el *Essai* no sólo en clave del avance teórico que supuso respecto a sus predecesores inmediatos —algunos de los cuales, principalmente, Petty, Locke, Law y, con toda probabilidad, Boisguillebert, influyeron notablemente sobre Cantillon— cuanto también teniendo presente rasgos fundamentales de su biografía. Así, en su depurado análisis sobre la *nature del commerce en général* influyeron, por una parte, sus exitosas experiencias como banquero y agente de operaciones cambiarias —el irlandés, inteligentemente autoeducado en “el viaje y el comercio” (Higgs, 1892, p. 4), perteneció a la rara estirpe de economistas que utilizan correctamente sus conocimientos teóricos como base de sus decisiones prácticas— y, por otra, su propósito de realizar una crítica sistemática de las políticas monetarias, algo “visionarias”, de Law —ésta sería la auténtica función de la parte III del *Essai*—, a quien el propio Murphy (1997) ha considerado más afortunado como economista teórico que como *policy-maker*, y cuyo fracasado experimento de 1719-1720, que tanta animosidad dejó en toda la Ilustración europea hacia las innovaciones financieras, fue capaz de prever el propio Cantillon.

Por otra parte, y ahora en relativa complementariedad con los trabajos de Tsuda (1979 y 1983), Murphy (1986a, pp. 299-321) ha terminado por aclarar las circunstancias que rodearon la publicación del *Essai*, una cuestión envuelta en un relativo misterio y de enorme importancia de cara a analizar su circulación internacional. Es bien conocido que el libro, que, según Murphy, fue escrito entre 1728 y 1730, circuló de forma manuscrita póstumamente antes de ser publicado en 1755: en Gran Bretaña fue objeto de plagio y divulgado parcialmente por Postlethwayt, principalmente en su *Universal Dictionary of Trade and Commerce* (1751-1755), y otros autores; en Francia,

Mirabeau, quien estuvo en posesión del manuscrito durante dieciséis años, realizó dos resúmenes del mismo, quizás con intenciones docentes, en 1751-1752 y 1756, además de trasladar muchas de sus ideas a las tres primeras partes, de contenido no fisiocrata, de *L'ami des hommes* (1758-1762)⁶.

No obstante, como se ha adelantado, el responsable de la publicación del *Essai* fue Gournay. Su edición no fue casual, sino una pieza más del programa de publicaciones económicas, muy importante respecto a la traducción de textos británicos (Davenant, Hume, Cary, etc.) y españoles (Uztáriz y Ulloa), que, orquestado personalmente por él mismo, comprometió a los principales miembros de su núcleo (Fornbonnais, Butel-Dumont, Plumard de Dangeul, Turgot, Morellet, etc.). Por esas fechas, estos autores estaban investigando de manera intensiva sobre teoría, política y aritmética política del *commerce en général*. Según Murphy, el *Essai* no sólo encajaba bien en el programa “híbrido de *laissez faire* e intervencionismo estatal” propio de ese núcleo, sino que desempeñó un papel importante en la formación intelectual de Gournay y sus discípulos, contribuyendo a modificar sus propios planteamientos, principalmente respecto al intervencionismo en materia de demanda (Murphy, 1986b, p. 541), y a definir el pensamiento económico francés antes del *grand tourant* que supuso la aparición de la fisiocracia y el consiguiente tránsito desde una “política realista de libertad y protección” al “sistema teórico dogmático de libertad extremadamente idealizada” (Tsuda, 1983, p. XVI). De esta manera, el *Essai* no fue, como señalaba la edición original, una traducción del inglés, ni vio la luz clandestinamente en Francia, sino que fue publicado de manera oficial, con un pie de imprenta falso (Londres, Fletcher Gyles), sencillamente para eludir la censura francesa, con la indudable intencionalidad “política” de servir a los propósitos reformadores de Gournay.

3. Una confusa difusión internacional del *Essai*

La publicación del *Essai* fue el punto de arranque de un proceso de difusión que tuvo como primer escenario a Francia y que poseyó ciertos rasgos particulares; y ello por dos motivos: la enorme trascendencia que Cantillon alcanzará durante el tercer cuarto del siglo XVIII como “economista de economistas”, y, por tanto, la necesidad de

⁶ Sobre el conocido caso “Cantillon-Postlethwayt” y el de otros autores británicos contemporáneos —J. Harris o Ph. Cantillon—, pueden verse, por ejemplo, Johnson (1937) o Brewer (Cantillon, 1979 [1755c]); y sobre el de “Cantillon-Mirabeau”, quien reveló el nombre del autor del *Essai* en el primer volumen de *L'ami des hommes* y lo dio a conocer entre los fisiócratas, por ejemplo, Higgs (1891, pp. 24-30), Hayek (1985 [1936]) o Tsuda (1979, pp. 405-410).

prestar atención a la vía de la difusión indirecta⁷, y el peculiar formato de las ediciones francesas del *Essai*, que propició la confusión de éste con otros textos de la Ilustración europea, en especial, los *Political Discourses* (1752) de Hume.

Las ediciones francesas del *Essai* fueron cuatro, aparecidas entre 1755 y 1767: la original y una reedición de ésta, publicada, con sus mismos datos de imprenta, en 1756, y otras dos, que tuvieron como modelo esta segunda y fueron publicadas por E. Mauvillon. Precisamente estas dos últimas fueron las que terminaron por entrelazar el *Essai* con la versión francesa de los *Political Discourses* (Becagli, 1976, pp. 513-518; Tsuda, 1979, pp. 416 y ss.). Esta obra, que logró afirmar definitivamente a Hume en el campo de la teoría económica e influyó decisivamente en Steuart, Smith y toda la Economía Política escocesa, contenía una docena de *essays*, nueve de ellos sobre *economic topics*, realizados, en principio, con escasa influencia del *Essai*, con el propósito de, partiendo del enfoque histórico, introducir el método experimental en el razonamiento sobre las ciencias morales y sociales (Hutchison, 1988, pp. 199-214; Skinner, 1990, pp. 146-150). Su resonancia en Francia fue inmediata. Sólo dos años después de su publicación en 1752 vieron la luz tres traducciones de la misma: la primera, realizada en 1753 por Mlle. de La Chaux, era incompleta —sólo contenía siete de los ensayos originales— y circuló en ambientes extracomerciales; en cambio, las dos segundas, ambas aparecidas en 1754, contenían los doce discursos originales y fueron debidas a E. Mauvillon (padre del economista fisiocrata alemán J. Mauvillon) y a J.-B. Le Blanc. Éste era un activo miembro del grupo de Gournay, de tal forma que su versión de Hume se integraba en el programa de traducciones anteriormente referido. Seguramente, la fortuna editorial de esta segunda edición, reforzada por el contacto personal que Le Blanc mantuvo con el propio Hume, terminó por oscurecer a la primera; de tal forma que los editores holandeses de ésta (Schreuder y Portier le Jeune) decidieron ampliar los *Discours politiques* originales con otros nuevos volúmenes, que incluyeron traducciones (de Bolingbroke y O'Hegerty) y tratados recientes de diversos autores franceses (Forbonnais, Goudar o Le Blanc) hasta completar, durante 1756-1758, cinco nuevos volúmenes, que, sin embargo, se presentaron como una continuación de la misma obra, los “*Discours politiques de Mr. David Hume*”. Precisamente el tercero de ellos, publicado en 1756, incluyó la edición del *Essai*, que será reeditado en 1769.

⁷ Su enorme influencia se materializó no sólo vía Quesnay y los fisiocratas o Steuart y Smith (Brewer (2001), pp. 158-196), sino, de acuerdo con Higgs (1891 y 1892), Hayek (1985 [1936]) o Spengler (1954 [1942] y 1954), a través de autores hoy considerados de importancia menor, pero con gran fortuna en ese siglo, también en España, entre los que cabría destacar, por ejemplo: a) los notablemente influidos por Cantillon: Postlethwayt, Condillac, Accarias de Serionne, Mirabeau, Peuchet o Garnier; b) los menos influidos: Turgot, Filangieri, Genovesi, Malthus, Forbonnais, Necker o Say; y c) los conocedores de su obra: Mably, Graslin o Young.

Es muy probable que la resonancia internacional del *Essai* fuera debida principalmente a esta “colección” francesa de *Discours politiques* y no propiamente a su edición original, propiciándose así una cierta confusión entre Hume y Cantillon, cuyo *Essai* siguió figurando como anónimo. De hecho, el caso italiano confirma que esa confusión se convirtió en un error recurrente en la publicística del siglo XVIII, no sólo en el caso ilustre del napolitano Filangieri, apreciado ya hace años por Fanfani (1936, p. 155), sino en otros numerosos de la segunda mitad de la centuria, que han sido detallados por Becagli (1976, pp. 518-522), hasta alcanzar incluso a la traducción italiana del *Essai*, una de las primeras, si no la primera, que se realizó en el ámbito europeo de ese texto⁸. Y algo similar pudo ocurrir también en España. Y ello a pesar de que Hume fue un autor estimado —sus escritos económicos y de historia “política” fueron reiteradamente recomendados, como obra de una autoridad eminente, por Campomanes, los miembros de la Sociedad Matritense y otros círculos de la Ilustración oficial española— y bien conocido, especialmente entre los ilustrados de la generación *tardía*, más allá del propio Jovellanos, respecto, al menos, a los cruciales debates sobre el comercio y el lujo, es decir, los temas de los dos primeros ensayos de los *Political Discourses* (Astigarraga, 2003). Es muy probable que debido precisamente a la intensa circulación que esta obra conoció en España durante los años setenta y ochenta se emprendiera su traducción, que vio la luz en 1789 y que, sin embargo, para eludir una probable censura, sólo contenía ocho de los doce ensayos originales⁹. Pues bien, a pesar de todo ello, la primera traducción española de Cantillon —antecedente lejano de la segunda y última de M. Sánchez— no evitó la confusión originada involuntariamente por Mauvillon. En 1833, A. D. Porlier publicaba un escrito titulado *Fuentes de la Riqueza Pública*, que atribuía a Hume (Porlier, 1833), cuando en realidad se trataba de una traducción, si bien de muy baja calidad, por incompleta y “tergiversada”, del *Essai* de Cantillon (Smith, 1967)¹⁰.

⁸ La versión, obra de P. M. Scottoni, fue publicada en Venecia en 1767, como *Saggio sulla natura del commercio in generale*, y fue reimpressa dos años después, también en Venecia, con un título modificado, *Saggio sul commercio relativamente alla primaria sua base l'agricoltura*, y la advertencia de que “había sido extractada de la célebre colección del Sr. Hume”.

⁹ La versión excluía los discursos: “Sobre algunas costumbres curiosas”, “De la población en las antiguas naciones”, “De la sucesión protestante” e “Idea de una república perfecta”. Su anónimo autor atribuía esta supresión “al temor que me causa andar retocando con mi pincel nada delicado obras de maestros tan estimables, y esto era preciso hacerlo habiendo de imprimirse” (Hume, 1789 [1752], “Advertencia del traductor”). Una traducción previa de Hume había visto la luz en el *Semanario Económico* de P. Araus en 1767.

¹⁰ Recientemente, Martín Rodríguez (2000, pp. 27-33) ha explicado que se trata de una versión prácticamente íntegra y ligeramente mutilada en cuestiones referidas a “ideas y expresiones que pudieran chocar con nuestras opiniones, usos y costumbres”. A través de su traducción, Porlier, un reconocido afrancesado, trataba de recuperar su honor, perdido en 1814 con la vuelta al absolutismo de la mano de Fernando VII.

4. Las *Lecciones de Economía Civil* (1779) de B. J. de Danvila

Si tratamos de averiguar cuál fue el arranque de este interés en España por Cantillon, debemos remontarnos al último cuarto del siglo XVIII. La expresión, tan característica de su *Essai*, del estudio del “comercio en general” fue empleada por vez primera en el título de un escrito ya en 1755-1756, de la mano del holandés afincado en España Graef (1996 [1755-1756]); no obstante, su contenido era ajeno al *Essai*, así que hubo de tratarse de un reflejo de la multiplicación de tratados sobre el “comercio” que conocía la Europa de los años cincuenta. En realidad, la recepción en España de ese tipo de tratados tuvo lugar en el seno del fructífero proceso de circulación de ideas que caracterizó el reinado de Carlos III (Llombart, 2004) y, más en particular, el inspirado por el núcleo de Gournay, que marcó el tono de la primera fase del mismo. Muy probablemente, fue esa primera oleada, particularmente intensa a partir de 1763-1765 y que arrastró consigo los textos de sus principales discípulos y de diversos autores extranjeros traducidos por ellos (Forbonnais, Plumard de Dangeul, Herbert, Davenant, etc.), la que trajo consigo también el *Essai* de Cantillon. Sabemos, gracias a Llombart (1992, p. 131), que precisamente en 1763 otro comerciante de origen holandés, F. Cray Winckel, mencionaba el *Essai* en un *Discurso* que envió al influyente Campomanes. Ahora bien, la primera utilización sistemática de las ideas del irlandés fue más tardía: remite a las *Lecciones de Economía Civil* del ilustrado valenciano Danvila, quien, seguramente, fue también el primer autor español en identificar a “Mr. de Chantillon” como “autor del libro anónimo intitulado *Ensayo sobre el Comercio*” (Danvila, 1779, p. 49).

Las *Lecciones*, publicadas en 1779 y reeditadas en 1800, constituyeron el primer manual docente sobre materias económicas de la historia de España. Se redactaron con el fin de que sirvieran de libro de texto en las enseñanzas que su autor, especializado en materias jurídicas, impartía en la Cátedra de Filosofía Moral y de Derecho Natural y de Gentes del Real Seminario de Nobles de Madrid; no obstante, también fueron utilizadas en la pionera Cátedra de Economía Civil de la Sociedad Aragonesa, de manera exclusiva entre 1784 y 1786. En 1951, Estapé, además de rescatarlas del olvido, descubrió la enorme deuda intelectual que su autor había contraído con Cantillon, explícitamente visible en numerosas comparaciones a “doble columna” entre fragmentos del *Essai* y las *Lecciones* (Estapé, 1951). Este descubrimiento suscitó un interesante debate académico, hoy todavía abierto. El juicio contundente que mereció a Estapé la relación “Danvila-Cantillon”—en suma, un “plagio”—fue mitigado en revisiones sucesivas. Las *Lecciones* fueron calificadas bien como un canal “peculiar” o “muy peculiar” de introducción de las ideas del *Essai* (Lanzuela, 1976), o bien como una obra que no alcanzaba su rigor analítico y cuyo contenido emparentaba con autores como Forbonnais o Necker (Lluch, 1980), o bien Genovesi o Condillac e, incluso, el pensamiento fisiocrata (Martín, 1984). No obstante, ha sido Cervera (2003,

pp. 103-122), en la última entrega a ese debate, quien ha desterrado definitivamente el tópico de la paternidad exclusiva de Cantillon.

Es indiscutible que las *Lecciones* recogen explícitamente ideas —así como estimaciones de Aritmética Política— muy características del *Essai* —y ciertamente, en la España de ese tiempo, desconocidas con el grado de precisión con que las formuló su autor—; principalmente: la noción de riqueza, la teoría de la paridad de la tierra y el trabajo, la existencia de precios “intrínsecos” (o naturales) y de “mercado”, la justificación en el aprendizaje de las diferencias salariales entre el labrador y el artesano, la relación población-subsistencias, la convicción de que todas las clases sociales se mantienen a expensas de los propietarios de la tierra, la trascendencia de las “fantasías” de éstos en la decisión sobre los usos alternativos de la tierra y, por último, sus precursoras ideas sobre la economía del espacio y la localización (Hébert, 1981). Ahora bien, se trataba, según Cervera, de una “utilización selectiva” de las ideas del economista irlandés, dado que éstas se combinaban con otras sobre la teoría del valor y los precios, los fundamentos de la actividad comercial, la teoría monetaria y, sobre todo, la política económica difícilmente compatibles con Cantillon. Al mismo tiempo, los “huecos teóricos” y las ausencias resultaban tan expresivos como las presencias: en primer lugar, la gran mayoría de las ideas extraídas del *Essai* provenían de la primera parte de éste, la de más fácil comprensión, al prescindir de las complicaciones monetarias y derivadas del comercio internacional —era una “economía completa en miniatura” (Brewer, 2001, p. XVI)—; y, en segundo, Danvila no fue capaz de percibir la trascendencia de cuestiones como la figura del *entrepreneur*¹¹, la teoría del *surplus*, la estructura de clases sociales, el modelo circulatorio, la teoría de la balanza comercial o el fino análisis monetario del *Essai*. En suma, las *Lecciones* carecieron absolutamente del rigor analítico de éste, mientras que, en el plano normativo, el pensamiento agrarista e intervencionista de su autor y su mercantilismo algo toso y poco depurado imponían fórmulas para la práctica económica que divergían “radicalmente” de las del economista irlandés (Cervera, 2003, p. 118).

Por si esto fuera poco, las fuentes más propiamente económicas de las *Lecciones* no sólo eran muy plurales —incluían, entre las expresas, a Hume, Uztáriz, Bielfeld, Plumard de Dangeul o Melon y, entre las tácitas, a Ramos o Romà y Rosell—, sino que el *Essai* debía compartir su tradicional protagonismo con las *Lezioni di commercio* (1765-1767) de Genovesi y *Le commerce et le gouvernement* (1776) de Condillac; espe-

¹¹ A pesar de aproximarse a Cantillon (Hoselitz, 1951), al apreciar que el sueldo de las clases que trabajaban por su cuenta era, a diferencia del de los jornaleros o propietarios, “incerto e indeterminado” o bien estaba “sujeto a la suerte y a la casualidad”, Danvila (1779, pp. 35, 55-56 y 124) utilizaba indistintamente las expresiones de “traficante”, “comerciante” o “mercader” y nunca la de “emprendedor” y, lo que es más significativo, no fue capaz de apreciar su función como “mano invisible” que garantizaba el funcionamiento de los mercados (Murphy, 1986a, pp. 253-258).

cialmente, con el primer texto, cuya influencia en las *Lecciones* fue más decisiva que el propio *Essai*. Es decir, no sólo, como ya adelantaron Lanzuela o Lluch, resulta conveniente la prudencia en la caracterización de esos “plagios” tan habituales en la historia de las ideas —puede copiarse con fines contrarios a los originales o resultar las ausencias tan expresivas como las presencias—, sino que, como sucedió con tantos otros textos de la Ilustración española, la utilización personal por Danvila de fuentes diversas terminó por dar forma a un ideario relativamente diferenciado del de esos textos originales. Precisamente, debido a su impronta agrarista y a su “mercantilismo” opaco al sustrato de orden natural que vertebraba el *Essai*, parece razonable que el ilustrado valenciano estuviera más cerca de Genovesi que de Cantillon; aunque aquél conoció relativamente pronto el *Essai*, la influencia en su obra se limitó al concepto de velocidad de circulación del dinero (Pii, 1984). Ello se ve también reforzado por el hecho de que la factura del texto de Danvila —un tratado docente de naturaleza sintética— era similar a la de las *Lezioni*, libro, cabe recordar, proveniente de la siempre cercana Nápoles de Tanucci, que se hizo presente en todos los intentos que los ilustrados españoles realizaron en pro de la institucionalización de la Economía Política en los años finales del siglo XVIII —más allá del Seminario de Nobles de Madrid, en la cátedra de Zaragoza, la Universidad de Salamanca y la Sociedad Económica de Mallorca— y que en esos mismos años comenzaba a disfrutar de un eco muy notable en el conjunto de la Ilustración española (Astigarraga, 2004).

Es muy probable que el texto de Danvila representara un primer canal de divulgación del *Essai* entre los ilustrados españoles, incluso más allá de esta corriente favorable a las enseñanzas económicas. Un dato, y especialmente expresivo, de este hecho procede de Jovellanos. En 1781, éste recomendó a la Sociedad Económica de Asturias basar el estudio de los “elementos de la ciencia económica” en las obras de Mirabeau, Condillac y el “Ensayo sobre el comercio en general, atribuido a monsieur Chantillon”. Afirmaba, incluso, haber realizado una traducción de este último para uso particular —su paradero es hoy desconocido—, cuya notoria calidad, no obstante, consideraba superada por el reciente tratado de Condillac (Jovellanos, 1781, pp. 370-371)¹². Cinco años más tarde el aragonés Normante (1786, p. 7) mencionaba el “Ensayo sobre el Comercio de Mr. Chantillon” entre las “principales obras francesas donde se encuentran abrazados y combinados muchos ramos del gobierno económico”. Ese mismo año, otro aragonés, Villava (1785-1786, vol. III, pp. 313-314), aludía, siguiendo precisamente a Danvila —a quien corregía en sus estimaciones numéricas—, a la tesis

¹² Jovellanos tenía en 1778, en su biblioteca particular, la edición francesa de los *Political Discourses*, aunque no es posible precisar si se trataba de la edición de E. Mauvillon (Aguilar, 1984). También Campomanes poseía en su amplia biblioteca la primera edición francesa del *Essai* y dos ediciones de la versión francesa de los *Discursos* de Hume (Llombart, 1992, pp. 325 y ss.).

de la paridad tierra-trabajo de Cantillon, en esencia una interpretación sustentada en el coste de producción (Aspromourgos, 1996, pp. 89 y ss.) y alternativa a la teoría basada en la *utilità-rarità* que planeaba, con acentos propios, en las *Lezioni* de Genovesi, que Villava había traducido y anotado profusamente. Cuatro años después, el presbítero Morales (1790, pp. 49 y ss.), en un “Discurso sobre la educación” presentado en la Sociedad Económica de Sevilla y extractado en el *Espíritu de los mejores diarios*, aludía tácitamente a Cantillon como un “hábil político” y aceptaba sus cálculos, ya recogidos por Danvila, referidos a que la manutención de cien personas equivalía al trabajo de veinticinco. Ideas del *Essai* sobre la conveniencia de incrementar la población a través de la exportación de manufacturas intensivas en trabajo fueron empleadas por Foronda en esos años (Foronda, 1789-1904 [1788-1790]), si bien, en este caso, a través de la mediación de Mably, Condillac y, sobre todo, Graslin (Barrenechea, 1984, p. 276). En suma, el *Essai* fue conocido por algunos de los principales economistas españoles de finales del siglo XVIII, tal y como ocurrió también en Italia en las escuelas milanesa (Verri y Beccaria) y napolitana (Genovesi y Filangieri).

5. Los Discursos de *El Censor* (1785-1787)

Un segundo caso de utilización notoria de las ideas de Cantillon se encuentra en un conjunto de discursos publicado durante 1785 y 1787 en *El Censor*. Era ésta una publicación periódica prestigiosa, modelada de acuerdo con los diarios moral-satíricos ingleses (*The Spectator* o *The Tatler*), promovida por L. García de Cañuelo y L. M. Pereira, que contó entre sus colaboradores con ilustres miembros de la Ilustración española (Jovellanos, Meléndez Valdés, etc.) y que fue publicada, tras superar dos suspensiones temporales (1782-1784 y 1784-1785), entre 1781 y 1787, cuando fue suprimida definitivamente por Floridablanca (Urzainqui, 1995). Precisamente, los cuatro discursos en que se ha detectado la presencia del *Essai* (Anónimo, 1785, 1786, 1787a y 1787b)—mencionada, de modo expreso, sólo de manera ocasional— pertenecen a la última etapa de la publicación, cuando la crítica áspera contra la sociedad tradicional que la distinguió de otras revistas contemporáneas alcanzaba su mayor virulencia. Los discursos referidos fueron publicados de forma anónima, aunque, sin duda, fueron, o bien obra de personas cercanas a los dos editores, o bien de ellos mismos, Pereira, a quien tradicionalmente se han atribuido los discursos económicos de *El Censor*, o bien, con más probabilidad, Cañuelo, tal y como sostuvo Elorza (1970, pp. 216-220).

El marco conceptual de estos discursos se encuentra ahora en los debates que suscitó en España la recepción de las corrientes ilustradas republicanas, a través no sólo —aunque también— de Montesquieu, sino de los autores más genuinamente

identificados con ellas, como Helvétius, Filangieri y Mably. Esta recepción, especialmente notable durante los años ochenta, suscitó un agudo debate acerca de las consecuencias morales del crecimiento económico basado en el “comercio” y el “lujo”, que conllevaba una consideración, normalmente positiva, por parte de esas corrientes de los modelos socioeconómicos característicos de las repúblicas de la Antigüedad en relación a sus patrones de consumo —y, por tanto, de lujo— y a su incidencia en el logro de una sociedad más justa. Precisamente, el propósito de los discursos de *El Censor* era realizar una crítica al republicanismo igualitario del francés Mably, advertida de manera expresa por su autor, al aclarar que no era “un ciego admirador de la República de Esparta” y al arremeter contra quienes querían convertir sus leyes en “el código universal de todos los tiempos y de todas las naciones” (Anónimo, 1785, p. 43).

Mably, quien ha sido considerado el autor del “corpus de pensamiento republicano más importante, extenso y variado producido en el siglo XVIII en Francia y, quizás, en Europa” (Wright, 1997, pp. 2-3), venía disfrutando —y disfrutará al menos hasta el Trienio liberal— de una gran influencia en España (Stiffoni, 1992). Tal influencia se produjo, en el tramo final del siglo XVIII, a través principalmente de los *Entretiens de Phocion* (1763). Este libro, el más difundido internacionalmente de su obra, posee para nuestros propósitos un doble interés, pues además de abordar la relación entre la moral y la política, tratando de encontrar los principios “fijos y ciertos” de esta última, que es su objeto principal, en él se copiaban y comentaban críticamente amplios fragmentos referidos a las cuestiones monetarias del *Essai* de Cantillon. Esta obra fue valorada por Mably como la “mejor” sobre cuestiones económicas y ha sido considerada, junto a las de los discípulos de Gournay, vertebral en la configuración de su pensamiento económico antifisiócrata (Stiffoni, 1975, pp. 133-176). De hecho, los fragmentos de los *Entretiens* copiados del *Essai* fueron vertidos correctamente en las dos traducciones españolas que se realizaron de los *Entretiens* en los años ochenta, en 1781 y 1788, convirtiéndose de esta manera en los primeros en lengua castellana del libro de Cantillon (Mably, 1781 [1763a], pp. 148-152; 1788 [1763b], pp. 300-312).

No obstante, el colaborador de *El Censor* conocía el *Essai* en su integridad. Su centro de atención principal eran ahora sus ideas monetarias¹³ de las que, aún sin mencionar nunca a Cantillon, se hacía fiel eco en el primero de sus discursos (Anónimo, 1785). Después de aceptar las diferentes funciones de la moneda y de apreciar su valor como el valor de cambio —o poder de compra— en términos de otras mer-

¹³ Véanse Spengler (1954, pp. 143-151), Blaug (1985 [1962], pp. 47-51), Bordo (1983), Murphy (1986a, pp. 261-274), Hutchison (1988, pp. 171-177) y Brewer (2001, pp. 76-97).

cancias, y aun aceptando que era sólo una pequeña parte de la riqueza nacional, nuestro autor sostenía, como Cantillon (I, VIII), que, mediando el comercio internacional, sería “más poderosa aquella nación que posea más metales relativamente a su extensión y población” (Anónimo, 1785, p. 42); de ahí que su acumulación lejos de ser contraria a la riqueza y la opulencia, las atribuía a toda nación “respecto a aquellas con las que tenga alguna relación”. En cualquier caso, la manera en que el incremento de la cantidad de dinero se trasladaba a los precios, o eventualmente a la actividad económica, dependía del origen de ese incremento y de los mecanismos de transmisión (el “efecto Cantillon”). De las siete vías estudiadas por Cantillon —producción de minas nacionales, balanza comercial positiva, subsidios de potencias extranjeras, emigración de familias extranjeras, residencia del personal diplomático, “violencia” (reparaciones) o préstamos procedentes del extranjero—, en *El Censor* se analizaban sólo las dos primeras; en sustancia, las principales.

En el caso de proceder los metales de las minas, el copioso volumen de los mismos que entraba en el circuito económico apenas se dividía, distribuía y circulaba, concentrándose en pocas manos. De ahí que el incremento consiguiente del consumo fuera limitado a ciertos bienes y generara escaso empleo nuevo, y de ahí, también, que el crecimiento de la masa monetaria fuera notablemente más rápido que el de la oferta real —si es que éste realmente llegaba a producirse—, con el consiguiente incremento de los precios y, de acuerdo con el mecanismo del ajuste automático de los metales preciosos, la pérdida de competitividad de la manufactura, la caída de los niveles de empleo, población y producción y la gradual dependencia económica respecto a las potencias extranjeras. Es decir, los efectos inflacionistas de esa nueva inyección monetaria generarían pronto unos términos muy adversos para el comercio nacional.

Este primer modelo, que Cantillon (II, VI) consideraba precisamente el patrón de desarrollo tradicional de economías como la española y la portuguesa, se confrontaba en *El Censor* con el de la acumulación de metales por la vía de una balanza de comercio persistentemente positiva, cuyos efectos se consideraban bien distintos al del anterior (Cantillon, II, VI): la distribución de los nuevos metales en numerosas manos y su división y circulación en “cantidades cortas” y en “pequeñas porciones” favorecía los “pequeños pagos” y el crecimiento lento del consumo entre los “habitantes más industriosos”, pero ello sin provocar aumentos bruscos de su nivel de gasto; de tal forma que el incremento gradual de la masa monetaria generaba sus efectos principales en la actividad económica. En este caso, a diferencia de lo que planteaba la teoría cuantitativa del dinero, ese incremento ni se trasladaba de forma inmediata a los precios ni afectaba por igual a todos ellos —se producían cambios en los precios relativos e interrelaciones cruzadas entre los distintos componentes de la ecuación del cambio de esa teoría—; de tal forma que la economía nacional podía hacer compatible por largos períodos de tiempo —la estimación de Cantillon era de

unos cuarenta años— el crecimiento de los precios y el saldo positivo en su balanza de pagos, manteniendo un nivel de competitividad en el marco internacional que le permitiera sostener el crecimiento del empleo doméstico.

La conclusión que se extraía en *El Censor* era que, precisamente, la falta de la “circulación” de los metales y su “estanco” en pocas manos era la causa de efectos económicos perniciosos y el factor que había convertido en dañinos los metales llegados a España desde América. Incluso, aún sin entrar en el rico análisis de Cantillon (II, III) sobre los factores económicos e institucionales que condicionaban la velocidad —o “rapidez”— de la circulación del dinero ni en sus precisos cálculos al respecto, se sostenía, de acuerdo con él, que una aceleración de la misma en el cambio equivalía a un incremento del dinero efectivo y que, por tanto, “una nación de igual grandeza que otra y doble masa monetaria será más pobre” si en esta segunda la velocidad de circulación fuera “tres veces más rápida” (Anónimo, 1785, p. 46). No se trataba, por tanto, de evitar el acopio de metales, cuanto de impedir su estanco, pues, como sostenía Cantillon (II, VII), el efecto del incremento de la cantidad de dinero sobre los precios era diferente según el “rumbo que este dinero imprima al consumo y a la circulación”, principio económico que, de acuerdo con una de las líneas de opinión más característica de *El Censor* —la puesta en cuestión de la tradicional religiosidad española—, era utilizado en este discurso para cuestionar de raíz la concentración de oro y plata en manos de la Iglesia: no sólo se debía impedir la magnificencia de los templos, sino que los metales preciosos presentes en ellos debían de ser reducidos a moneda, asegurándose después de que ésta circulara adecuadamente —fundación de montepíos, préstamos a labradores y artesanos, etc.—, pues ello garantizaría su uso como factor generador de crecimiento económico. De esta manera, las ideas de Cantillon se ponían al servicio de la crítica a las enormes posesiones de la Iglesia y a su riqueza estancada.

Estas ideas se entrelazaban, en un discurso posterior, con la cuestión del lujo (Anónimo, 1786)¹⁴. Una vez reconocido que la riqueza obtenida a través de la acumulación de metales no era, bajo determinadas circunstancias, perniciosa, se trataba ahora de apreciar sus efectos socioeconómicos. Y es, en este contexto, en el que desde *El Censor* se arremetía contra el modelo republicano austero e igualitario de Mably. Frente al mismo, resultaba obligada una reconsideración del papel del lujo, no sólo en su posi-

¹⁴ Las ideas planteadas en este discurso se repetirán, sin apenas cambios, en los dos posteriores (Anónimo, 1787a y 1787b). Asimismo, estos discursos dieron origen a un conjunto amplio de réplicas y contrarréplicas, que, en algunos casos, *El Censor* admitió publicar. Incluso, se hicieron llegar a la dirección de la publicación extractos del *Traité* del francés Pluquet. Éste, publicado en 1786 y muy influido por el *Essai*, contenía un duro alegato contra el lujo (Spengler, 1954 [1942], pp. 160-164). No existían noticias acerca de su circulación en España. Aquellos extractos serán publicados después, bajo la firma D. T. T. G., en forma de una breve *Carta* (Pluquet, 1787).

ble compatibilidad con la religión, cuento también como factor de concentración de la riqueza y el poder. Nuestro anónimo autor era favorable al lujo; ahora bien, su marco conceptual distaba mucho de los clásicos argumentos “neomercantilistas”, provenientes de Mandeville, de exaltación del espíritu de iniciativa y apoyo a los incrementos de la “demanda agregada”, y se enmarcaba en la tradición más reciente (D’Holbach, Helvétius, etc.) que hacía del lujo la consecuencia de una acumulación injusta de las riquezas, en cuanto derivada de una condición improductiva, y, por tanto, lo convertía en una eficiente piedra de toque para valorar los efectos morales de las economías movidas por el “culto al dinero”. En concreto, aún sin citarlo nunca expresamente, hemos comprobado que su posición sobre el lujo está extraída, más allá de las conocidas posiciones de Cantillon (Spengler, 1954 [1942]; Bowman, 1951), de *Le commerce et le gouvernement* (1847 [1776]) de Condillac —obra traducida al castellano ya en 1778-1780—, también severo crítico del modelo igualitario de su hermano Mably.

Frente a Mably, desde *El Censor* se sostenía que las necesidades individuales no debían ceñirse al mínimo de subsistencia; su ampliación más allá de lo estrictamente necesario no sólo era rigurosamente defendible desde un plano religioso, sino que el bienestar privado y público así lo exigían. Ahora bien, todo ello dentro de unas condiciones muy precisas. Como insistía Condillac (1847 [1776], part. II, cap. XVI), el desarrollo del lujo no justificaba la aparición de una clase rica y ociosa, beneficiaria de los artículos suntuarios producidos por una mayoría social “miserable”. En caso de que así fuera, el lujo se transformaba en un factor socioeconómico pernicioso, al favorecer la concentración de la riqueza en pocas manos y, por este motivo y como tantos moralistas venían sosteniendo, al convertirse en un factor de corrupción de las costumbres: consolidada esa clase ociosa y “corrompida”, se contagiaría pronto esa corrupción al resto de la sociedad, pues la concentración de la riqueza provocaría caída de los salarios, pérdida de bienestar individual y falta de ocupaciones útiles.

En cambio, en caso de que el lujo no conllevara ociosidad, era beneficioso, incluso aunque diera origen a un cierto grado de desigualdad social. Esta desigualdad debía ser la que dictara “libremente la naturaleza”; era la libertad de trabajo el principio que permitía que la desigualdad “civil” se aproximara a la “natural”. La naturaleza establecía por sí misma desigualdades evidentes, al distribuir de manera diversa la fuerza física y los talentos individuales. Los niveles salariales debían tener en cuenta únicamente las diferencias provenientes de estos dos factores en su aplicación al sistema productivo (Condillac, 1847 [1776], part. I, cap. VIII y X). Bajo estas condiciones, el lujo era un formidable factor generador de riqueza y renunciar a él situaría a cualquier sistema de gobierno ante una más que previsible decadencia futura: de acuerdo con Cantillon (I, XVI), las sociedades podrían lograr los bienes de subsistencia necesarios recurriendo a un volumen reducido de trabajadores y, por tanto, en el caso de restringir su producción potencial al nivel de mínima subsistencia, desaprovecharían trabajo útil y la supuesta absoluta igualdad en el consumo se

vería acompañada de la “pereza, perfidia e incompetencia” (Anónimo, 1786, p. 1.103). De esta manera, bajo las precisas circunstancias señaladas, el lujo no era un factor de corrupción de las costumbres, destructor de la laboriosidad o reductor del nivel de población, sino todo lo contrario; y, ciertamente, en cuanto elemento que propiciaba el incremento del bienestar individual, altamente positivo: entre un modelo económico de poca población y alto bienestar frente a otro populoso y mantenido en el nivel de subsistencia —el conocido dilema ante el que Cantillon no se pronunció—, nuestro autor se inclinaba por el primero.

Por otra parte, a diferencia de lo que habían sostenido Montesquieu y la tradición republicana más convencional, el lujo era útil no sólo en las monarquías, sino en cualquier sistema de gobierno. Una vez más frente a Mably, quien lo consideraba un factor especialmente pernicioso en regímenes democráticos o republicanos, al minar sus supuestos valores cívicos y generar desigualdades sociales, desde *El Censor* se argumentaba que estos regímenes partían de una premisa falsa: el suponer que el ciudadano prefería el interés público al particular. Todo lo contrario, el auténticamente dominante era este segundo; de ahí que la verdadera responsabilidad de la autoridad política fuera “trabar la suerte del interés del particular con el del público”. Y esto es, precisamente, lo que lograba la legislación dejando obrar libremente a las leyes naturales, tratando de que la sociedad aprovechara los talentos de cada individuo y le premiara por ello. La igualdad que se decía republicana no radicaba en la estricta igualdad de las riquezas, dado que la naturaleza inducía originariamente desigualdades que debían tener su reflejo en el acopio de riquezas; esa igualdad debía basarse en los requisitos de igualdad ante la ley y de derecho a participar de los honores sociales en razón a la contribución de cada cual a la riqueza social. Y es en este mismo sentido que podían criticarse las referencias, vertidas por tantos “eruditos contra el lujo”, a las repúblicas clásicas de la antigüedad, incluido al depurado modelo de Licurgo en la República de Esparta. Sus patrones de parsimonia, igualdad de fortunas y frugalidad no eran garantía de un mayor poderío político y militar —tal y como ya había sugerido Filangieri— ni de una mayor felicidad individual. Como en Condillac (1847 [1776], part. I, cap. XXVII), el rechazo del lujo sólo era justificable cuando se producía la “alianza monstruosa” del lujo y la ociosidad.

Pero las consideraciones de *El Censor* alcanzaban un grado de precisión mayor, pues se extendían a los pasajes mencionados de los *Entretiens de Phocion* en que Mably copiaba fragmentos del *Essai* de Cantillon para criticar un excesivo afán de enriquecimiento que se tradujera en una acumulación desmedida de metales preciosos. Mably entendía que no era posible mantener durante largo tiempo las ventajas asociadas a un incremento del dinero en circulación. Éste era profundamente pernicioso, incluso cuando se realizara por la vía de la balanza de comercio positiva. Debido a los efectos inflacionistas y a los ajustes de competitividad consiguientes, el ciclo inicial de riqueza alentado por ese incremento se vería irremediablemente seguido

por otro de “inacción y letargo”, anulándose así los iniciales efectos positivos; y tales ciclos —del “lujo a la pobreza” y de la “pobreza al lujo”— resultaban difíciles de corregir, incluso por un “hábil ministro” que fuera capaz de preverlos y, haciendo uso de una adecuada política monetaria anticíclica, retirara a tiempo de la circulación la cantidad de dinero precisa para evitar ese efecto inflacionista nocivo.

Desde *El Censor* no sólo se valoraba correctamente la interpretación de Mably, sino que ésta recibía la correspondiente réplica. Por un lado, la teoría cuantitativa no actuaba mecánicamente y en el caso de que los crecimientos en la masa monetaria fueran acompañados de aumentos similares en la oferta real, el efecto inflacionista esperado no debería tener lugar. Por otro, y guardando ahora fidelidad a Cantillon, se insistía en que los efectos de la acumulación de la moneda eran divergentes en función a su origen. En el caso de que proviniera de una balanza de pagos positiva, y siempre que las leyes impidieran el estanco del dinero, un incremento de la masa monetaria habría de generar efectos positivos en la economía real: “crece la población, con la población los consumos, con los consumos las producciones y con uno y otro, el comercio interior” (Anónimo, 1786, p. 10). Además, incluso en el caso de que tal acumulación no tuviera ese origen, sus efectos no debían ser irremediablemente inflacionistas: sin leyes suntuarias que “coarten la libertad del ciudadano”, los sectores beneficiarios de esa acumulación importarían bienes de lujo, lo cual acarrearía la correspondiente salida de metales preciosos y mantendría “siempre igual la masa de éstos que circula en lo interior” —nuestro anónimo autor parece estar advirtiendo ahora los fundamentos del enfoque monetario de la balanza de pagos, es decir, su ajuste vía no solo precios, sino también gasto directo—. Ello constituía, contra Mably, una prueba más de la utilidad económica del lujo e incidía en tratar de evitar, “como ha sucedido entre nosotros”, la acumulación de riquezas en un “corto número de manos”. En definitiva, nos encontramos ante una meritaria y novedosa en España utilización de las ideas monetarias de Cantillon —en conjunción con las de Condillac y en oposición a las de Mably—, si bien, una vez más, parcial, dado que también se omitían diversas cuestiones vertebrales de las mismas, como el factor movilidad del capital, la distinción entre bienes comerciales y no comerciales o el papel de la tasa de interés o de las expectativas y la información.

6. Las *Cartas críticas* (1793) del Abad de Matanegui

La última evidencia del eco en España de Cantillon remite a las *Cartas críticas* de J. A. Manegat, Abad de Matanegui. Se trata de un libro en forma de conjunto de cartas, dedicado a Godoy, concebido desde el supuesto de que su autor había sido nombrado *consultor* de una alta autoridad del Estado, en el que se tocaban temas muy diver-

sos, aunque, sin duda, eran los fragmentos relativos a la “policía” y la “economía civil” los más extensos y los de mayor relieve del mismo (Manegat, 1793, pp. 96-266). Aunque el libro fuera publicado en 1793, hemos comprobado que esos fragmentos habían visto la luz previamente en 1788-1789, si bien de forma anónima, bajo el título de “Discurso económico-político”, en *El Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Anónimo, 1788-1789), publicación periódica del último tramo del siglo XVIII destacada por su vocación divulgativa y cuyo editor era el propio Matanegui (Urzainqui, 1995, pp. 129 y 200).

Siempre teniendo como telón de fondo la economía española, el eco de Cantillon se debía ahora a otra destacada faceta de su *Essai*: sus cálculos económicos y de Aritmética política, ampliamente presentes en él y en el contenido de un apéndice al mismo cuyo paradero se desconoce. No obstante, una vez más, ese eco se producía en conjunción con el de otros autores. Matanegui trataba de averiguar las causas del subdesarrollo económico español, evidente respecto al nivel de otros países europeos, a su glorioso pasado agrícola e industrial o a su nivel potencial para convertirse en un estado “grande, feliz y poderoso”. Sus *Cartas* eran, por este motivo, una manifestación más del programa de investigación, de orientación empírica y cuantitativa, sobre Aritmética política, que en España venía dando frutos desde la obra de Zavala. Matanegui recurría a algunas fuentes clásicas —las propias de la tradición de la *Laudes Hispaniae*— y españolas de la corriente cuantitativista del siglo XVIII (Uztáriz, Argumosa y Campomanes), pero sus referencias principales remitían, principalmente, además de a Cantillon (“autor inglés”), a Vauban y Boisguillebert, este segundo sin ser nunca citado expresamente.

Las posibilidades de crecimiento de la economía española podían estimarse calculando la relación existente entre el número de habitantes y el tamaño del territorio, bien, en primer lugar, siguiendo a Vauban, estimando la relación, de origen casi natural, de la población que, bajo las condiciones medias de productividad, podía mantenerse por unidad de superficie destinada al cultivo¹⁵, o bien, en segundo, según un método empírico y a partir de datos de autores franceses (Vauban, Dupré de Saint-Maur y Boulanvilliers) y británicos (Petty, Cantillon y, con toda probabilidad, Bolingbroke), tratando de comparar la población real mantenida por unidad de superficie en los pueblos “antiguos” y “modernos”. En cualquier caso, la conclusión era similar: España no sólo había perdido población desde la etapa romana, sino que estaba muy lejos de alcanzar su población potencial: adoptando estimaciones medias (mil almas por legua cuadrada), debería contar con unos diecisiete millones de

¹⁵ No obstante, Matanegui corregía al alza las estimaciones del francés, hasta aceptar las calculadas por Cantillon (I, XV): en suma, elevaba las 850 personas por legua cuadrada de terreno estimadas por aquél a las 1.500 de éste.

población adicional —o, lo que es lo mismo, sólo once de sus veinticinco mil leguas cuadradas se hallaban debidamente cultivadas—, con la consiguiente pérdida de la “masa general de su riqueza”, que Matanegui estimaba en términos de reducción de su consumo agregado e ingresos fiscales: alrededor de cincuenta millones de pesos y dos millones y medio por cada millón de habitantes, respectivamente.

Ahora bien, esa densidad demográfica sólo se alcanzaría si el país estuviera bien gobernado: si, de acuerdo con Cantillon (II, VIII), los países disfrutaran de una administración pública correcta, las disparidades en sus niveles de crecimiento se deberían únicamente a la oferta de bienes naturales y a la laboriosidad de sus habitantes. Es decir, ese crecimiento respondería principalmente a leyes propias de la vida natural. La mayor o menor fecundidad de la humana provenía, como en toda especie animal, de la oferta de alimentos; por tanto, como en Cantillon, el crecimiento de la población tenía su límite en el volumen de subsistencias. Matanegui copiaba expresivos fragmentos del *Essai* (I, XV), relativos a realidades tan dispares como China o América, para defender la evidencia de que, precisamente, los lugares más poblados eran aquellos donde “abunda la manutención”. De ahí también que, aunque en ocasiones identificara la población como la “verdadera regla y medida” del poder político o económico de un país, se mostrara contrario a la adopción de políticas públicas poblacionistas (estímulo de los matrimonios, castigo del celibato, etc.), al entender su inutilidad si no iban acompañadas del correspondiente crecimiento de las subsistencias.

La presencia de esta ley no implicaba ningún peligro; todo lo contrario, abría un futuro esperanzador para un país como España que había padecido una despoblación continua y estaba lejos de alcanzar su población potencial. De acuerdo con cálculos sobre tasas de natalidad y mortalidad extraídos de la realidad británica, la tasa natural de crecimiento neto de la población española rondaría el tres por mil, lo cual, dado el actual nivel de población, garantizaría la ganancia de más de un millón de habitantes cada cuarenta años sólo por razones naturales; de ahí que no haya “aumento comparable con el que la población recibe por sí misma” (Manegat, 1793, pp. 155-156). Pero para ello resultaba necesario que “causas extrañas o accidentales” no frustraran ese crecimiento; es decir, la actividad humana podía interferir de forma negativa en esta tendencia natural, principalmente, como se lamentaba Matanegui, a través de un mal gobierno o de leyes incorrectas. Las guerras, la expulsión de los moriscos y otras tantas causas que se venían aduciendo desde los arbitristas para justificar la secular decadencia española eran aparentes. Las auténticas provenían, por un lado, de la reducción del volumen de subsistencias, como consecuencia del abandono de las actividades productivas, y, por otro, y de acuerdo ahora con el preciso análisis de Cantillon (II, VI), de los disturbios monetarios generados por la llegada de los metales preciosos americanos. Ambas se habían reforzado hasta impedir “una manutención abundante, cómoda y decente”, minando el volumen de población y las posibilidades de crecimiento españolas.

A esas dos causas “principales”, Matanegui añadía una tercera: el efecto nocivo producido por la importación de manufacturas extranjeras. Su análisis provenía ahora de Boisguillebert, precursor seguramente del propio Cantillon (Groenewegen, 2002, pp. 126-128) y autor clave en la línea de pensamiento que vincula a Petty con los fisiócratas (Schumpeter, 1954, pp. 258-260)¹⁶. Matanegui utilizaba su primitivo modelo circulatorio de la renta y el gasto entre las dos clases productivas de los artesanos y los labradores, así como su concepto del multiplicador, para estimar numéricamente los efectos sobre la población doméstica del flujo importador de manufacturas: en concreto, cada millón engrosado en ese flujo representaba la pérdida en un primer año de unas sesenta mil personas —a la caída del empleo directo para diez mil artesanos, que, a su vez, sostenían a otras tantas personas, se debía añadir el efecto duplicado que, a través de la disminución del gasto en bienes agrícolas, generaría tal caída en el sector agrario, al faltar a los labradores “este ejercicio en que ganar su manutención” (Manegat, 1793, p. 185)—; pero el valor global de la pérdida de población superaba con creces esa caída inicial, dado que ésta arrastraba sucesivas disminuciones, durante los años posteriores, debidas a la caída del consumo y el gasto (a las 60.000 del primer año, se sumarían 36.000 el segundo, 21.600 el tercero, etc.).

Su planteamiento reposaba en la idea de que el origen de las subsistencias (determinantes de la población) era doble, agrícola y manufacturero, de tal manera que el crecimiento económico debía armonizar el desarrollo de estos sectores, así como el de ambos con el comercio. Era la “unión y recíproca dependencia” de agricultura, industria y comercio la que constituía la auténtica garantía del crecimiento, toda vez que, de acuerdo con Boisguillebert, el proceso de circulación de la renta y el gasto que lo garantizaba reposaba sobre el consumo —labradores y artesanos “abandonarían sus ejercicios luego que no hallasen venta y consumo de todos sus efectos” (Manegat, 1793, p. 186)— y exigía que el ingreso percibido bajo la forma de renta fuera gastado, gracias a un eficiente sector comercial, de manera íntegra, pues, en caso contrario, el retraso en la percepción de rentas en el resto de las clases productivas ralentizaría el crecimiento nacional. Pero si el mecanismo del gasto funcionaba correctamente, generaba crecimientos en la renta superiores a los del gasto inicial, pues inducía “un tercer aumento de subsistencias y se multiplica por sí misma la población” (Manegat, 1793, p. 190).

El papel positivo del consumo justificaba también la preferencia de Matanegui por el comercio interior, actividad generadora de utilidades más seguras que el exterior; no obstante, éste no sólo era imprescindible, sino favorecedor, bajo determina-

¹⁶ Ello constituiría la segunda evidencia conocida de utilización de sus ideas por los ilustrados españoles; previamente lo había realizado F. J. Villarreal, en un texto que quedó inédito en su época (Barrenechea y Astigarraga, 1997, pp. LXIX y ss.).

das circunstancias, del crecimiento de la población. Matanegui, siguiendo expresamente la tesis de la balanza del empleo de Cantillon (I, XV), era partidario de un patrón comercial que favoreciera el cambio de bienes manufacturados que incorporasen trabajo nacional por productos de la tierra provenientes del extranjero, dado que así la población doméstica se mantenía a expensas del extranjero. No obstante, era muy consciente que el patrón vigente era bien diferente, reflejo principalmente de la escasa competitividad de los productos españoles, y cuyo efecto principal era el saldo negativo en la balanza de pagos. Él planteaba, en sustancia, tres líneas de actuación: la reforma de los aranceles, prohibiendo o gravando con altos derechos los bienes que perjudicasesen el consumo de los nacionales; la reforma del sistema fiscal, en una dirección que apuntaba a la única contribución; y, por último, un conjunto de políticas específicas para mejorar esa competitividad (reducción del coste de transporte, reforma de los gremios, mejoras de tipo agronómico, etc.).

En cualquier caso, la estrategia de crecimiento debía de evitar “entregarse enteramente a la agricultura”. Y ello no sólo ante la evidencia —Cataluña y Valencia eran dos ejemplos contrastados— de que las regiones más ricas eran las que entrelazaban desarrollo agrícola y manufacturero, cuanto debido a la convicción de que la agricultura no podía dar ocupación a toda la población. De acuerdo con Cantillon (I, XVI), la producción de las necesidades más precisas requería sólo del empleo de un cuarto de la población, debiendo otro cuarto dedicarse a la producción de bienes para la “comodidad, decencia y ostentación” y quedando el resto improductivo (ancianos, enfermos, niños, etc.). La promoción de las artes planteaba además algunas ventajas adicionales, al permitir el trabajo femenino e infantil y un tipo de industria rural que se complementaba a la perfección con la agricultura, tal y como ejemplificaba el caso gallego. Por tanto, Matanegui, en una expresiva afirmación, arremetía contra “los autores que con tanto empeño quieren disuadir a los españoles y a los portugueses del ejercicio de las artes”¹⁷, e insistía en que si éstas no estaban suficientemente perfeccionadas no era “por la falta de gente, sino que la falta de gente se debe a que escasea la manutención”. De esta manera, sus *Cartas* ilustraban el empleo, siempre con el telón de fondo de la economía española, de diversos cálculos e ideas del *Essai* de Cantillon relativos, en particular, a sus principios premalthusianos sobre la población, sus tesis monetarias y sobre la balanza del empleo y su preferencia por un modelo agro-industrial.

¹⁷ En este contexto, resulta muy expresiva la mención que se realizaba a Accarias de Serionne, cuya obra constituyó la punta de lanza de la intensa corriente de opinión (Raynal, Filangieri, etc.) que sostenía que España debía renunciar a su desarrollo manufacturero y convertirse en una economía especializada en la oferta de bienes agrícolas. Para más detalle, véase Astigarraga y Usoz (2005).

7. Conclusiones

En las líneas precedentes se han presentado numerosas evidencias de que el *Essai* de Cantillon fue un texto bien conocido en España. No sólo fue acogido de forma positiva, al menos entre 1763 y 1793, por numerosos ilustrados españoles, como Cray Winckel, Jovellanos, Normante, Villava, Morales o Foronda, sino que, como ponen en evidencia los casos de Danvila —ya anteriormente bien conocido—, *El Censor* o Matanegui, fue empleado como un texto de referencia central en la elaboración de la literatura económica del último cuarto del siglo XVIII. Las ideas de Cantillon fueron utilizadas en conjunción con las de otros insignes autores de la Ilustración europea, principalmente Genovesi, Condillac, Mably o Boisguillebert, para fundamentar diferentes aspiraciones comprendidas en la agenda de prioridades de los núcleos ilustrados —promover las enseñanzas económicas o el programa de Aritmética política— o en el seno de los debates político-económicos de ese momento —sobre republicanismo, lucha contra los privilegios eclesiásticos, etc.—. A pesar de ello, Cantillon no fue un autor central en la Ilustración española. En un cierto sentido, la fortuna de su *Essai* no fue diferente a la que disfrutó en otros países europeos. A pesar de contar de cara a su difusión internacional con la ventaja de haber tenido una aceptación notable en la literatura económica francesa y británica elaborada durante 1755-1776 y de aparecer inserto en la versión francesa de los muy difundidos *Political Discourses* de Hume, el *Essai* no fue uno de esos ilustres *best-sellers* que produjo la Economía Política del siglo XVIII; de tal manera que, como ocurrió en la mayoría de los países europeos, tampoco fue traducido en España durante ese siglo.

Como se aprecia con claridad en los tres casos que han sido objeto central de este trabajo, el *Essai* fue utilizado para dar forma a un tipo de literatura económica que, en línea con lo afirmado por Llombart (2000, pp. 66-68), transformaba al incipiente escritor económico en una especie de tejedor que utilizaba piezas foráneas para elaborar trajes a medida de las necesidades de la economía española: es decir, explotaba las ideas económicas foráneas, hasta lindar a veces con el plagio, para dar fundamento a una Economía Política que, aunque basada en esas ideas extranjeras, estaba elaborada desde una óptica eminentemente nacional, en cuanto se inscribía en la realidad económica de la España de ese tiempo y trataba de dar respuesta, a través de un proceso de “recepción activa de aceptación y selección” de esas ideas foráneas, a sus problemas principales. Ahora bien, aunque los ilustrados españoles utilizaron numerosas ideas teóricas genuinas del *Essai*, no existe ninguno que pueda ser reconocido como un discípulo puro del economista irlandés; más bien, la sospecha es que en España no existió una comprensión plena de todos los problemas analíticos centrales que trató de afrontar su libro —ya fueran, en suma, la nueva Economía Política del *entrepreneur* (Murphy) o el descubrimiento del *surplus approach* (Astropromourgos), o ya los referidos a la manera en que una economía, a partir de unas con-

diciones muy precisas (sin limitación de capital y con la tierra como único recurso escaso) asigna la tierra entre sus diferentes usos alternativos (Brewer)—. El hecho de que no exista ninguna evidencia de utilización en España de las ideas contenidas en la parte III del *Essai* es en sí misma bastante significativa de esta recepción “selectiva” y, por ello, portadora de “huecos” teóricos de notable importancia.

Esta cuestión viene a incidir en la tesis acerca de las dificultades que, en general, los países periféricos tuvieron para absorber la corriente principal, en el plano de la teoría, de la Ilustración europea (en esencia, la línea Petty-Boisguilbert-Cantillon-Quesnay-Turgot-Smith), tal y como se desprende de los conocidos estudios sobre la fortuna de la fisiocracia en España y Portugal (Lluch y Argemí, 1985; Almódovar y Cardoso, 1998). No obstante, es indudable que aunque la recepción del *Essai* en la España del siglo XVIII no sirvió, por ejemplo, para que se descubriera la figura del *entrepreneur*, es indudable que ayudó a elevar el nivel teórico de la literatura y los debates económicos de ese tiempo, así como a mejorar la comprensión sobre cómo deben vincularse análisis y política económicos. Además, conviene insistir, principalmente frente a la óptica que trata de establecer una equivalencia simétrica entre ideas innovadoras en la alta teoría y circulación internacional del pensamiento económico, que la fortuna europea del *Essai*, más allá de Francia y Gran Bretaña durante 1755-1776, fue escasa; y ello, como plantea Brewer (1992, pp. 195-196), debido precisamente a que la atención de los flujos internacionales, al menos en el contexto institucional del siglo XVIII, reposaba principalmente sobre la vertiente más estrictamente normativa. Y, en este sentido, el hecho de que el *Essai* fuera publicado un cuarto de siglo después de su elaboración posee una alta significación explicativa: por un lado, pudo ser determinante para el relativo rápido olvido que conoció en Francia o Gran Bretaña una vez que la fisiocracia y la economía clásica trataban de poner coto a la era de las “políticas mercantilistas”; y, por otro, ese *gap* temporal arroja también luz interpretativa sobre el caso español, donde la recepción del *Essai* tuvo lugar con un cuarto de siglo de retraso, normalmente a través de lecturas que enfatizaban su vertiente más “mercantilista”—defensa del acopio de metales preciosos, balanza de pagos positiva, etc.— y cuando se estaba iniciando el declive de la obra en los países que estaban liderando el cambio de rumbo hacia la Economía Política liberal. Aunque fuera tergiversada, la traducción española del *Essai* publicada en 1833 —seguramente, muy singular en todo el ámbito europeo—, casi ochenta años después de la edición original, constituía una evidencia rotunda de que ese texto, como tantos otros tratados de la Ilustración europea, disfrutó de una circulación activa hasta muy avanzado el siglo XIX, todo un reflejo de líneas de continuidad en el pensamiento económico de gran hondura y que sólo un enfoque respetuoso con las disparidades nacionales puede explicar.

Bibliografía

- AGUILAR, Francisco (1984): *La biblioteca de Jovellanos* (1778), Madrid, C.S.I.C. e Instituto Miguel de Cervantes.
- ALMODOVAR, Antonio, y CARDOSO, José Luis (1998): *A History of Portuguese Economic Thought*, London-New York, Routledge.
- ANÓNIMO (1785): *El Censor*, vol IV, disc. LXX, pp. 35-49; disc. LXXI, pp. 60-69.
- (1786): *El Censor*, vol. VI, disc. CXXIV, pp. 1.081-1.096; disc. CXXV, pp. 1.097-1.112; disc. CXXVI, pp. 1.113-1.128; disc. CXXVII, pp. 1.129-1.143; vol. VII, disc. CXXXII, pp. 1-12.
- (1787a): *El Censor*, vol. VIII, disc. CLVIII, pp. 517-532; disc. CLIX, pp. 533-548.
- (1787b): *El Censor*, vol. VIII, disc. CLXVI, pp. 661-675.
- (1788-1789): “Discurso económico-político”, *Correo de Madrid (o de los ciegos)*, vol. III, pp. 1.102-1.104, 1.111-1.112, 1.118-1.119, 1.142-1.143, 1.151-1.153, 1.160-1.162, 1.168-1.169, 1.173-1.176, 1.181-1.183, 1.189-1.191, 1.199-1.200, 1.220-1.221 y 1.228-1.229; vol. IV, pp. 1.236-1.238, 1.245-1.248, 1.254-1.257, 1.261-1.263 y 1.270-1.271.
- ASPROMOURGOS, Tony (1996): *On the Origins of Classical Economics*, London-New York, Routledge.
- ASTIGARRAGA, Jesús (2003): *Los ilustrados vascos*, Barcelona, Crítica.
- (2004): “Diálogo económico en la ‘otra’ Europa. Las traducciones españolas de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G. Filangieri)”, *CROMOHS*, vol. 9 (<http://www.cromohs.unifi.it/9.2004/astigarraga.html>).
- ASTIGARRAGA, Jesús, y USOZ, Javier (2005): “G. Filangieri’s Political Economy in the 18th Century Spain: *Reflexiones económico-políticas* (1792) by Francisco de Paula del Rey”, *Il pensiero economico italiano*, XIII, 2, pp. 2-27.
- BARRENECHEA, José Manuel (1984): *Valentín de Foronda, reformador y economista ilustrado*, Vitoria, Diputación Foral de Álava.
- BARRENECHEA, José Manuel, y ASTIGARRAGA, Jesús (1997): “Estudio preliminar”, en VILLAREAL, Francisco J. de, *Elementos políticos*, Vitoria, Gobierno Vasco, pp. VII-XCIV.
- BECAGLI, Vieri (1976): “Hume o Cantillon? A proposito di un errore ricorrente nella pubblicista italiana del Settecento”, *Ricerche storiche*, 2 (nuova serie), pp. 513-522.
- BLAUG, Mark (1985 [1962]): *Teoría económica en retrospección*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BORDO, Michael (1983): “Some aspects of the monetary economics of Richard Cantillon”, *Journal of Monetary Economics*, 12 (2), pp. 235-258.
- BOWMAN, Mary J. (1951): “The consumer in the history of economic doctrine”, *American Economic Review*, 41, pp. 1-18.
- BREWER, Anthony (1988): “Cantillon and mercantilism”, *History of Political Economy*, 20, pp. 447-460.

- (1992): *Richard Cantillon. Pioneer of Economic Theory*, London-New York, Routledge.
- (2001): “Introduction”, en CANTILLON, Richard, *Essay on the Nature of Commerce in General*, New Brunswick-London, Transaction Publishers, pp. VII-XXVI.
- CANTILLON, Richard (1950 [1755a]): *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (1964 [1755b]): *Essai sur la nature du commerce en général*, New York, A. M. Kelley.
- (1979 [1755c]): *Essai de la nature du commerce en général*, Tokio, Kinokuniya.
- (2001 [1755d]): *Essay on the Nature of Commerce in General*, New Brunswick-London, Transaction Publishers.
- CERVERA, Pablo (2003): *El pensamiento económico de la Ilustración Valenciana*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- CONDILLAC, Étienne Bonnot de (1847 [1776]): “*Le commerce et le gouvernement*”, en DAIRE, Eugène (ed.), *Mélanges d’Économie Politique*, Paris, Chez Guillaumin.
- DANVILA, Bernardo Joaquín (1779): *Lecciones de Economía civil, o de el Comercio, escritas para el uso de los caballeros del Real Seminario de Nobles*, Madrid, Joaquín Ibarra.
- ELORZA, Antonio (1970): *La ideología liberal en la Ilustración española*, Madrid, Taurus.
- ESTAPÉ, Fabián (1951): “Algunos comentarios a la publicación del *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general* de Cantillon”, *Moneda y Crédito*, 39, pp. 38-76.
- FANFANI, Amintore (1936): *Dal mercantilismo al liberalismo*, Milano, Giuffrè.
- FORONDA, Valentín de (1789-1794 [1788-1790]): *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política, y sobre las leyes criminales*, Madrid, Manuel González, 2 vols.
- GRAEF, Juan Enrique de (1996 [1755-1756]): “Discurso sobre el comercio en general”, en SÁNCHEZ, Francisco (ed.), *Discursos mercuriales económico-políticos (1752-1756)*, Sevilla, El Monte.
- GROENEWEGEN, Peter (2002): *Eighteenth-century Economics*, London-New York, Routledge.
- HAYEK, Friedrich A. von (1985 [1936]): “Richard Cantillon”, *Journal of Libertarian Studies*, vol. VII, 2, pp. 217-247.
- HÉBERT, Robert (1981): “Richard Cantillon’s early contribution to spatial Economics”, *Economica*, 48, pp. 71-77.
- HIGGS, Henry (1891): “Richard Cantillon”, *Economics Journal*, 1, pp. 262-291.
- (1892): “Cantillon’s Place in Economics”, *Quarterly Journal of Economics*, 6, pp. 436-456.
- (2001 [1931]): “Life and Work of Richard Cantillon”, en Richard CANTILLON, *Essay on the Nature of Commerce in General*, New Brunswick-London, Transaction Publishers, pp. 159-182.
- HOSELITZ, Bert F. (1951): “The early history of entrepreneurial theory”, *Explorations in Entrepreneurial History*, 3, pp. 193-220.
- HUME, David (1789 [1752]): *Political Discourses*, ed. *Discursos políticos del Señor David Hume, caballero escocés. Traducidos del francés al castellano*, Madrid, Imprenta de González.
- HUTCHISON, Terence W. (1988): *Before Adam Smith*, New York, Basil Blackwell.

- JEVONS, Stanley W. (1964 [1881]): "Richard Cantillon and the nationality of Political Economy", en Richard CANTILLON, *Essai sur la nature du commerce en général*, New York, A. M. Kelley.
- JOHNSON, Edgar A. J. (1937): *Predecessors of Adam Smith*, New York, Prentice Hall.
- JOVELLANOS, Gaspar M. de (2000 [1781]): "Discurso dirigido a la Real Sociedad de Amigos del País de Asturias sobre los medios de promover la felicidad de aquel Principado", en LLOMBART, Vicent (ed.), *Escritos económicos*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, pp. 363-407.
- LANZUELA, Santiago (1976): "Notas sobre la peculiar introducción del pensamiento económico de Cantillon por un ilustrado vallenciano: B. J. Danvila y Villarrasa", en *Primer Congreso de Historia del País Valenciano*, Valencia, Universidad de Valencia, vol. III, pp. 741-750.
- LETWIN, William (1963): *The Origins of Scientific Economics*, London, Methuen.
- LLOMBART, Vicent (1992): *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza.
- (2000): "El pensamiento económico de la Ilustración en España (1730-1812)", en FUENTES QUINTANA, Enrique (ed.), *Economía y economistas españoles. Vol. III, La Ilustración*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 7-89.
- (2004): "Traducciones españolas de economía política (1700-1812): catálogo bibliográfico y una nueva perspectiva", *Cyber Review of Modern Historiography-CROMOHS*, vol. 9 (<http://www.cromohs.unifi.it/9.2004/llobart.html>).
- LLUCH, Ernest (1980): "Sobre la historia nacional del pensamiento económico", en FLÓREZ ESTRADA, Álvaro, *Curso de Economía Política*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, pp. VII-XXXIII.
- LLUCH, Ernest, y ARGEMÍ, Lluís (1985): *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*, Valencia, Institución Alfonso El Magnánimo.
- MABLY, Gabriel Bonnot de (1781 [1763a]): *Entretenimientos de Phocion sobre la semejanza, y conformidad de la moral con la política*, Madrid, Joachin Ibarra.
- (1788 [1763b]): *Entretenimientos de Phocion sobre la relación que tiene la moral con la política*, Santiago, Ignacio Aguayo.
- MANEGAT, José Antonio (1793): *Cartas críticas del Abate Matanegui, por las que se conocen los errores que cometan los hombres con más frecuencia*, Madrid.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Manuel (1984): "El contenido de las *Lecciones de Comercio* en la segunda mitad del siglo XVIII y su estudio en la Universidad española", *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada*, 10, pp. 197-203.
- (2000): "Antonio Domingo Porlier y su anacrónica traducción del *Essai de Cantillon*", *Cuadernos de Ciencias Económicas y Empresariales*, 38, pp. 17-38.
- MORALES, Isidoro (1790): "Discurso sobre la educación", en *Espíritu de los mejores diarios literarios*, vol. VIII, n. 216.
- MURPHY, Anthony E. (1986a): *Richard Cantillon. Entrepreneur and Economist*, Oxford, Clarendon.

- (1986b): “Le développement des idées économiques en France (1750-1756)”, *Révue d'histoire moderne et contemporaine*, XXXIII, Octobre-Décembre, pp. 521-541.
- (1997): *John Law. Economic Theorist and Policy-Maker*, Oxford, Clarendon.
- NORMANTE, Lorenzo (1786): *Espíritu del señor Melon en su Ensayo político sobre el comercio*, Zaragoza, Blas de Miedes.
- PII, Eluggero (1984): *Antonio Genovesi. Dalla politica economica all “politica civile”*, Firenze, Leo S. Olschki.
- PLUQUET, Abbé F.-A. (1787): *Carta que dirige al Censor un amante de la verdad, con motivo de sus discursos sobre el lujo*, Madrid, Pedro Marín.
- PORLIER, Antonio Domingo (1833): *Fuentes de la riqueza pública*, Madrid, J. Espinosa.
- SCHUMPETER, Joseph A. (1954): *History of Economics Ideas*, New York, Oxford University Press.
- SKINNER, Andrew S. (1990): “The shaping of Political Economy in the Enlightenment”, *Scottish Journal of Political Economy*, 37, pp. 145-165.
- SMITH, Robert Sidney (1967): “A Spanish Edition of Cantillon’s *Essai*”, *Southern Economic Journal*, XXXIII, 4, pp. 572-573.
- SPENGLER, Joseph J. (1954 [1942]): *French Predecessors of Malthus*, Durham, París, Duke University Press.
- (1954): “Richard Cantillon: first of the moderns”, *Journal of Political Economy*, 62, August, pp. 281-295; October, pp. 406-424.
- STIFFONI, Giovanni (1975): *Utopia e ragione in Gabriel Bonnot de Mably*, Lecce, Milella.
- (1992): “La fortuna di Gabriel Bonnot de Mably in Spagna tra Illuminismo e rivoluzione borghese”, *Nuova Rivista Storica*, LXXXVI, pp. 517-530.
- TARASCIO, Vicent J. (1981): “Cantillon’s theory of population size and distribution”, *Atlantic Economic Journal*, 9 (2), pp. 12-18.
- THÉRÉ, Christine (1998): “Economic publishing and authors, 1566-1789”, en FACCA-RELLA, Gilbert (ed.), *Studies in the History of French Political Economy*, London-New York, Routledge.
- TSUDA, Takumi (1979): “Étude bibliographique sur l’*Essai* de Cantillon”, en Richard CANTILLON, *Essay de la Nature du Commerce en General*, Tokyo, Kinokuniya, pp. 401-438.
- (1983): “Un économiste trahi, Vicent de Gournay (1712-1759)”, en CHILD, Josiah, *Traité sur le commerce de Josiah Child avec les Remarques inédites de Vicent de Gournay*, Tokyo, Kinonuniya, pp. 445-485.
- URZAINQUI, Inmaculada (1995): “Un nuevo instrumento cultural: la prensa periódica”, en ÁLVAREZ, José; LÓPEZ, François; y URZAINQUI, Inmaculada, *La República de las letras en la España del siglo XVIII*, Madrid, C.S.I.C., pp. 125-216.
- VILLAVA, Victorián de (1785-1786): “Notas del traductor”, en GENOVESI, Antonio, *Lecciones de comercio, ó bien de Economía Civil*, Madrid, Joaquín Ibarra.
- WRIGHT, John Kent (1997): *A Classical Republican in Eighteenth-Century France. The Political Thought of Mably*, Stanford, Stanford University Press.